

LA MEMORIA EN *EL CABALLERO ENCANTADO*

THE MEMORY IN *EL CABALLERO ENCANTADO*

Leonardo Romero Tobar

Colaborador Extraordinario de la Universidad de Zaragoza

RESUMEN

Novela de 1909 que combina realismo y fantasía. La fantasía procede del efecto de la magia sobre los personajes que están hechizados y el funcionamiento de su memoria. Esta potencia mental los lleva a juntar el presente con el pasado y a hacerlos sobrevivir más allá de la muerte.

PALABRAS CLAVE: Aventuras, Realismo, Fantasía, Magia, Simbolismo, Memoria.

ABSTRACT

Novel from 1909 that combines realism and phantasy. The phantasy is caused by the effect of magic on the characters, that are bewitched, and the functioning of their memory. This mental power allows them to gather present and past and makes them survive beyond their death.

KEYWORDS: Adventures, Realism, Phantasy, Magic, Symbolism, Memory.

Esta novela que se editó en 1909 y llevaba como subtítulo *Cuento real (...) inverosímil* desconcertando a sus primeros críticos como Ramón María Tenreiro en una reseña de *La Lectura*, pues la acumulación de rasgos experimentales que dan cuerpo a la obra fue calificada de escritura fantástica, calificación que abría nuevas perspectivas en la prosa española moderna. La crítica posterior ha ido subrayando la correspondencia del discurso ideológico de esta obra con las circunstancias histórico-sociales de la España de la época y la comprometida respuesta que Galdós adoptó en relación con aquellas circunstancias. Posteriormente los críticos también han ido considerando la acumulación de experimentos narrativos que se despliegan en la novela en un proceso de recepción crítica que, a pesar de haber generado la fórmula clasificadora de «Galdós y el estilo de la vejez», ha ido poniendo de manifiesto las inquietudes ideológico-políticas del maduro escritor y su interés en manejar fórmulas narrativas experimentales. La revalorización de esta entrada de Galdós en los caminos renovadores de la literatura de principios del siglo XX ha sido sintetizada por Julio Rodríguez Puértolas en su edición de la novela en 1982 por la que aquí cito.

Las circunstancias históricas que corresponden al momento en que Galdós escribe esta obra han sido suficientemente subrayadas por los especialistas ya que 1909 es el año de la Semana Trágica de Barcelona. Nuestro autor, un año antes, había comenzado la redacción de la quinta serie de los *Episodios Nacionales* y era miembro activo del movimiento republicano por el que fue elegido diputado a Cortes en 1910, una compensación al rechazo que sufriría

en 1912 en la propuesta para recibir el premio Nobel de Literatura. Sus cartas de los primeros años del siglo XX y algunos de sus escritos periodísticos reflejan su inquietud por la reforma de España y su patriótica propuesta de imaginación creadora a propósito de este asunto. Por ejemplo en el artículo de 1903 “Soñemos, alma, soñemos” revive el verso calderoniano que recordó también en otras ocasiones como en el pasaje de *El caballero encantado* con el que se cierra el capítulo XVIII («Refiérese lo que el caballero vio y oyó en el mísero y olvidado lugar de Boñices»). Así pues, la lectura de esta novela hecha por la crítica ha ido poniendo de manifiesto los rasgos característicos del Galdós enraizado en el realismo y el naturalismo (concreciones topográficas de los escenarios, descripciones detallistas, reproducción fiel de la lengua coloquial, interés por los estados de conciencia llegando al extremo de la psicopatología) y su cercanía a las propuestas del regeneracionismo costista, a la visión de la Castilla profunda de los autores del 98, a los experimentos narrativos que personalizan los paisajes y la configuración del yo novelado en procedimientos de duplicación, de fragmentación o de trascendencia espiritualista. El propio Galdós era muy consciente del esfuerzo de síntesis renovadora que implicaba esta novela pues en sus cartas a Teodosia Gandarias hace distintos comentarios acerca del esfuerzo creativo que estaba haciendo. Fundamental es este comentario de la carta de 26 de agosto de 1909:

La obra me domina (...). Es fantástica porque en ella pasan cosas que no son de la vida real, cosas disparatadas y del orden sobrenatural; pero en el fondo hay realidad o realismo (...). Corregiremos tú y yo muy pronto las pruebas del Caballero Encantado, historia tan real como inverosímil.

El 22 de julio de 1909 le había manifestado: «Pienso en la obra nueva y allego los extraños elementos que han de componerla, leyendo diferentes obras; pero no escribo nada todavía». Y en los meses que siguen es todavía más explícito en las confidencias sobre la novela, como manifiesta en carta del 2-3 de septiembre:

Pues sí, esta obra que estoy escribiendo me ha embriagado de tal modo que no puedo dejarla de la mano. Parece que he encontrado un filón nuevo. Es un método de humorismo encerrado dentro de una fórmula fantástica extravagante, algo por el estilo de los libros de caballerías que desterró Cervantes, y que a mí en guasa se me ha ocurrido rematar para poder decir con la envoltura de una ficción lo que de otra manera sería imposible (...). Te diré que en esta obra presento algunos cuadros de la vida española en aspectos muy poco conocidos, la vida de los labradores más humildes, la de los pastores, la de los que trabajan en las canterías en obras de carretera, y en otras duras faenas. Son cuadros de verdadera esclavitud, que en la vida hay en estos tiempos, aunque no lo parezca.

Los experimentos a los que se refiere el escritor son tan llamativos que, como muestra la crítica galdosiana, no han pasado desatendidos, singularmente los que afectan a la actividad mental de los personajes.

Con todo hay en esta novela otro rasgo muy significativo del mundo galdosiano y, singularmente en el Galdós de la madurez, y es el papel que en la novela desempeña la facultad mental de la memoria. En el universo literario de Galdós todas las manifestaciones del cerebro humano tienen una presencia destacadísima desde sus primeros escritos, si bien los sueños, la fantasía y la imaginación intervienen muy activamente y se amplifican en su actividad en los últimos escritos del autor canario. La crítica galdosiana, desde sus primeros tiempos, se ha referido a la veta fantástica del escritor; a finales del siglo XIX, por ejemplo, lo señalaba el hispanista Fitzmaurice-Kelly en su *Historia literaria*: «Galdós combines realism with phantasy». La curiosidad universal de Pérez Galdós se refleja, como es de suponer, en sus textos de creación en los que las facultades mentales en sus manifestaciones e incidentes tienen una presencia muy activa. Los comentarios de sus cartas —singularmente las intercambiadas con el médico Manuel Tolosa Latour (modelo real del personaje galdosiano Augusto Miquis)— y los libros de medicina y psicología de su biblioteca (algunos de ellos con anotaciones manuscritas) documentan su interés por estas especialidades de la ciencia moderna. H. Chonon Berkowitz en su repertorio de los libros que se conservaban el año 1951 en las viviendas del escritor reseñaba bastantes volúmenes de *Medicina e Higiene* y doce de *Psicología*, entre los cuales figuran tres del médico catalán Víctor Melcior i Farré: *La enfermedad de los místicos (patología psíquica)* impreso en 1900, *Los estados subconscientes y las aberraciones de la personalidad* de 1904 y *¿Puede considerarse la voluntad como una fuerza medicatriz?* de 1908.

Las dificultades de visión que don Benito sufría en sus años finales y la compleja estructura de *El caballero encantado* han invitado a algunos lectores a formular estimaciones poco halagüeñas como esta de Mario Vargas Llosa con la que concluye su reciente libro sobre Pérez Galdós: «Da la impresión de que éste fue un libro escrito a vuelapluma, sin orden ni concierto, sin la menor coherencia, casi un ejercicio de escritura automática (...). Casi un borrador, que merecía más trabajo y correcciones pero que fue a la imprenta a medio hacer».

Pero esta novela es el último escalón de la evolución narrativa del maestro canario ya que en ella se recogen rasgos de concepción que se encuentran con mayor o menor intensidad en sus obras anteriores. Valga un enunciado de los mismos: mezcla de géneros literarios (narración en tercera persona, diálogo teatral, discurso ensayístico), entretejido entre la abrupta realidad y la visión idealizada de la misma, superposición de paisajes y lugares de la España vacía en la Castilla profunda contrapuesta a las calles de la capital del Reino y la abundancia de citas cultas y rasgos lingüísticos del habla arcaica o coloquial. Por supuesto no puede faltar el desdoblamiento de los personajes en sus nombres, caracteres y actividades o

las equivalencias de unos y otros en su significación o en sus enfrentamientos. Síntesis de estas equivalencias —igual que en las narraciones estrictamente realistas— es el efecto que puede causar en los personajes su inserción en concretos espacios de la vida real, como informa el narrador de tercera persona al describir la llegada del protagonista a las ruinas de Numancia:

Desde que llegó a Numancia el asendereado Gil padecía crisis aguda de imaginación, con disloque de nervios y propensión a ver en anárquico desorden las realidades físicas. La soledad, el no saber de Cintia, el desamparo en que le tenía la Madre y la presencia y contacto de Becerro le llevaron a tal estado. El chisporroteo mental del erudito prendía en la mente de Tarsis y la inflamaba en fúlgidos delirios (ed. cit., p. 206).

LOS DOS PLANOS DE REPRESENTACIÓN DE LA REALIDAD

Un recurso narrativo fundamental es el que la novela solape referencias cruzadas entre la actividad mágica y las pulsiones de las facultades mentales de los personajes en una mezcla entre narrativa fantástica y novela psicológica. La acción se inicia cuando el protagonista Tarsis se siente encantado y pasa a ser otra persona que tendrá también un nombre distinto, el de Gil. Estos acontecimientos ocurren en los capítulos V y VI en los que aparecen otros personajes fundamentales como la «esbelta matrona» que será luego la Madre, el maniático erudito Augusto Becerro coleccionista de «autores españoles y extranjeros que tratan de magia, y artes hechiceras» (p, 105), y el nutrido grupo de ninfas que acompañan a estos personajes y que están ligadas a la transformación del caballero Tarsis, el cual en aquel primer período de su encanto había perdido toda noción de su primitiva personalidad, por un embotamiento absoluto de la memoria.

Tan sólo recordaba los hechos próximos al estado presente; su nueva conciencia embrionaria los completaba con vagas y equívocas impresiones de una edad anterior a la villana condición que encantado tenía. En esta baja existencias el caballero se llamaba Gil. (p. 116)

El título de la novela desde su relación con el modelo de las novelas de caballerías y singularmente del *Quijote* ha sido lógicamente subrayado por los galdosistas en las referencias a las obras que Becerro guardaba en su biblioteca y a otros textos clásicos de este género narrativo. «Si el Quijote se dice traducido de un manuscrito árabe de Cide Hamete, El caballero encantado procede de crónicas e historia halladas por Galdós» escribe Rodríguez-Puértolas en la nota 29 de su introducción, pues eran textos conservados según el narrador en la catedral de Osma y en el archivo de las Descalzas de Ocaña. He escrito en otro texto

dedicado a Galdós que la memoria es una facultad mental que ha sido considerada con mucho interés desde las más antiguas formulaciones culturales que asimismo se aplicaron a la explicación de lo que fueran el entendimiento, la fantasía y la imaginación, singularmente las dos últimas potencias anímicas, vistas en su proyección sobre las construcciones mentales que se proyectaban en las creaciones artísticas y que fueron identificadas hasta los tiempos modernos cuando los ilustrados y, singularmente, los románticos dieron un énfasis de superioridad creativa a la imaginación.

Para el término ‘memoria’ el uso habitual corresponde a la definición que da el Diccionario de la R.A.E.: «facultad psíquica por medio de la cual se retiene y recuerda el pasado», que recoge también otras acepciones como la de «recuerdo que se hace o aviso de algo pasado». Luis García Montero ha reflexionado vivamente sobre esta presencia de la memoria en la obra galdosiana en su discurso “La realidad de una esperanza Galdós, la memoria y la poesía” (texto que se puede visualizar en YouTube Instituto Cervantes). El fondo del telar sistemático de esta novela se construye en la ambigua y excitante relación que se da entre las acciones propias de la magia y las actividades de las potencias mentales. La primera fuerza nos sitúa en el ámbito de los encantamientos de las novelas de caballerías, las imaginadas aventuras de los héroes románticos del siglo XIX y las más recientes hiperfetaciones de la realidad inmediata en las actuales narraciones de índole experimental que Galdós no conoció; por el contrario, la inmersión narrativa en los encrespados lóbulos de la mente humana responde a la visión compleja de la realidad que compartían realistas y naturalistas además de a las lecturas y curiosidad científica del autor canario.

La trama central de la obra gira en torno a los encantamientos y ‘desencantos’ del caballero Tarsis y de su amada en sus diversos encuentros; ambos personajes centrales, al final volverán a encontrarse para repoblar los estados de la Madre:

El caballero distinguió a Cintia, rodeada de lindas jóvenes y galancetes empalagosos. Si aún fuera lícito aplicar a esta verídica narración los fenómenos de picaresca hechicería, podría decirse que Tarsis vio la celestial risa de su amada antes de ver su rostro. Pero estas licencias hiperbólicas no cuelan ya. (cap. XXVII)

Presencia de la magia que se hace notar también en la biblioteca del erudito Becerro y en los distintos lugares por los que atraviesan los personajes como, por ejemplo, ocurre en la sartén del pueblo Boñices de la que comen muchos y nunca se vacía.

La actuación de la magia se ofrece en la duplicación onomástica de los personajes, en las transformaciones instantáneas de los espacios como ocurre en la biblioteca de don Augusto

Becerro transformada en un escenario de égloga, en los espejos a través de los cuales en diversas ocasiones se contemplan Tarsis y Cintia o en la “redoma de peces” en la que se instalan Tarsis y otros al final de sus aventuras (capítulos XXV-XXVII) y que según el narrador es «una nueva esfera de la vida de encantamiento, que de las anteriores se distinguía por la mudanza de las formas de rusticidad y pobreza en formas de elegante pulcritud» (ed. cit., pp. 324-5).

El plano contrapuesto sobre el que también se construye el vivir de los personajes es el estado cerebral de los mismos en el que su cerebro es la realidad anatómica que les lleva a recordar o a olvidar, como en una imagen muy gráfica enuncia Tarsis después de su fusilamiento y el de la Madre:

En verdad no sé si soy difunto... o si de mi defunción quiere salir una nueva vida. Te aseguro que roto mi cráneo como una hucha de barro, las monedas, digo, los sesos salieron a tomar el aire... Pero a mi parecer, han vuelto a meterse en su casa o madriguera. (ed. cit., p. 316)

Se trata de una situación experimentada por el personaje en otras ocasiones como en ésta en el inicio del capítulo XIX: «No pudo discernir el turbado caballero su estado cerebral cuando a media luz se vio detrás de la Madre, en el mismo camino pedregoso que era salida y entrada del lugar de Boñices».

Esta potencia mental está condicionada desde sus inicios por la percepción de las sensaciones que vienen de fuera, tal como explica el narrador al decir que «la oscuridad profunda determinó en el cerebro del caballero visiones extravagantes y terroríficas, animales absurdos nunca vistos en la realidad, personas reptantes y seres gelatinosos, que con la huella de sus babas iban trazando en el suelo y paredes letreros indescifrables» (ed. cit., p. 305). Y gracias a la actuación del cerebro pueden interrelacionarse los recuerdos y reconocimientos de lo antes vivido y su vivencia contrapuesta en sus olvidos, como en el viaje de Tarsis y Cintia sobre un corcel desde Boñices hasta el mesón de Barahona en que el caballero aconseja a su amada «guardemos silencio, que bien podrá ser que las peñas oigan. Cuando estemos a salvo olvidarás tus martirios, y yo la estampa cerdosa de Zurdo Gaitín» (p. 260).

LA MEMORIA

De todas las facultades anímicas que se hacen notar e intervienen en la existencia de los personajes la memoria es la que está más relacionada con su compleja percepción de la realidad que los rodea, situación notablemente subrayada en las vivencias de los tres

protagonistas: Tarsis, Cintia y la Madre. El marqués y conde Carlos de Tarsis —‘el caballero encantado’— tiene treinta años en el inicio de su encantamiento en que pasará a llamarse Gil para llegar hasta una acumulación de nombres que se corresponden con los diferentes oficios que va desempeñando en el curso de su hechizamiento. De su ascendencia familiar le vienen Asur y Mutarraf, Florencio Cipión en su dependencia del trashumante Bartolo Cíbico y siempre se considerará ‘encantado’, situación que él rechaza en el guardia civil Regino, perseguidor de su Cintia que estaba «haciéndose pasar por caballero encantado como yo» (ed. cit., p. 277). Su exaltada imaginación y sus desplazamientos en el centro de la España profunda le revelan un paisaje conmovedor pues «si como tal Gil había visto poco mundo, como Tarsis refrescaba en su memoria las viajatas por Europa y nada de lo que en ellas gozó igualaba su belleza a lo que miraba entonces» (p. 131). Y a pesar de que en algunas ocasiones lamenta a la Madre el que «en mi flaca memoria persiste la impresión de haberte visto algunas noches en el salón de la duquesa de Saldaña y en el de los condes de Fontibre» (ed. cit., p. 152), según sus sucesivos estados de personalidad distingue a los personajes con los que se había topado anteriormente. Reconocimientos que le hacen posible recordar al curioso Alquiborontifosio (ed. cit., pp. 283-284) o, por el contrario, admitir en otra coyuntura:

no me acuerdo de cómo es Cintia... Llamo su rostro a su memoria, y su rostro no viene; su rostro se esconde, dejándome en la mayor confusión de mi vida... Yo pregunto a la oscuridad, yo pregunto a la luz como es el rostro de Cintia, y la luz y la oscuridad nada quieren decirme. (ed. cit., pp. 305-6)

El rostro de la bogotana Cintia es curiosamente la primera muestra de su potencia como hombre sometido a la magia del encantamiento; la había conocido en el dulce otoño madrileño en su club y entre las otras niñas ricachonas en las que el marqués entretenía su tiempo. Sus amigos —presentados en los capítulos II y III— le habían consolado y especialmente el erudito Augusto Becerro, en cuyo domicilio Tarsis encuentra libros, cuadros y un hermoso espejo con negro marco cuyo cristal no lo reflejaba a él sino «la propia y exacta imagen de la damita sudamericana, de quien estaba ciegamente enamorado» (cap. IV) y con la que inicia un diálogo. Desaparecida Cintia del espejo, la casa de Becerro se transforma en otro escenario fantástico en el que muebles, libros, y su propietario se desbaratan y transforman en una selva y un perro que, ante la intromisión de un coro de «ninfas hombrunas (...) se partieron en dos alas, dejando en medio un ancho camino para que por él pasara, con porte de reina, una esbelta matrona que salió de la espesura de las encinas» (ed. cit., p. 114).

Las dos mujeres que han hecho su aparición en los primeros capítulos serán los focos femeninos que iluminarán con su presencia y sus palabras las sucesivas aventuras y labores del protagonista cuya memoria irá tejiendo un telar de recuerdos del pasado y prefiguraciones del futuro. El plantel de las danzantes arroja a Tarsis por un precipicio y, desde ese punto, convertido en el campesino Gil, su domicilio pasará a ser un pajar y las varias conformaciones campestres que rodean el habitáculo e, instalado allí, «había perdido toda noción de su primitiva personalidad, por un embotamiento absoluto de su memoria» (p. 116). Desde su primera transformación la vida del personaje queda al arbitrio de sus amos o señores, al recorrido geográfico que va efectuando por los pueblos donde trabaja y, sobre todo, a las alteraciones de su memoria pues a veces en estos ires y venires iba resurgiendo en el alma de Gil la conciencia de su primitiva personalidad:

(...) Apuntaron primero nociones vagas de anterior vida, atisbos de memoria que remusga y se despereza (...). Empezaba, pues, el desdoblamiento de las dos figuras, de las dos personalidades, desdoblar lento, que los estudios de la psiquis comparan a las primitivas funciones de la vida vegetal (ed. cit., pp. 125-6).

La encarnación de Tarsis en la figura de un pastor de cuya «blanda vida» situada en los escenarios de los pastores poéticos del Siglo de Oro pasa a una labor más dura en la «explotación de una cantera próxima a la villa de Ágreda». Esta última situación corresponde a un encuentro con Cintia transformada ahora la maestra Pascuala; y de este lugar Tarsis pasará a excavar en las ruinas de Numancia (caps. XIV-XV) donde encuentra al erudito Becerro. Este hace esfuerzos para recordar a Tarsis que le ayuda diciéndole: «Verá usted, señor don Augusto, cómo yo le avivo la memoria», a lo que sigue un diálogo para encontrar el último sentido de esta novela:

Becerro.-¡Qué noches, qué días ! Entre mil aberraciones, padecí la de creerme encantado, y con poder para divertir a los demás jugando a los encantamientos recreativos.
Tarsis.-¿Y la Madre, dónde está? (Con todo su interés en los ojos). Becerro. (atontado)- ¡La Madre!...deje que me acuerde. Usted llama Madre a la que yo llamo Hermana Mayor, que es aquella parte de la Historia patria que abraza desde la venida de los griegos hasta la caída de Numancia.

Los recorridos campestres del protagonista lo ponen en contacto real con la matrona que vio la primera noche de su encantamiento y con la que, en varios encuentros, mantiene conversaciones significativas que generan los capítulos dialogados de la novela, pues esta figura de la Madre tiene un halo de trascendencia histórica y social que corresponde con la ideología política del autor en torno a 1909. Con Cintia también vivirá varios encuentros reales surgidos en el curso de sus correrías laborales. La encuentra, por ejemplo, al borde una

fuelle y allí la reconoce y la interpela: «¿Qué?, ¿haces memoria?... ¿buscas mi fisonomía en tus recuerdos?... ¡Ah, Cintia! Tú estás encantada como yo, y aún te encuentras en ese estado crepuscular de la memoria que vuelve, que quiere volver...» (ed. cit., p. 164). La joven rechaza al galán y se presenta como una lugareña de nombre Pascuala que ejerce de maestra, rechazo que, después de otros encuentros, se abre a la comunicación interpersonal que se sintetiza en esta conversación de ambos en el curso del capítulo XI:

- Pues quien nos ha encantado que nos desencante, Gil. ¿Quién puede hacerlo?
- La Madre.
- ¿Qué Madre es esa?
- La tuya y la mía, la de todos...
- Pero esa Madre, ¿dónde está? Yo no la veo.
- Es nuestro ser castizo, el genio de la tierra, las glorias pasadas y desdichas presentes, la lengua que hablamos...
- ¿Dónde está esa Madre?
- Aquí, en todas partes. Vendrá...se dejará ver si la llamamos con la voz piadosa de nuestro amor.

La Madre precisamente es el otro personaje sobre el que actúa más veces la memoria de Tarsis-Gil y que en su primera conversación con éste sostiene que el erudito Becerro le había auxiliado con sus informaciones bibliográficas pues confiesa que «más de una vez he tenido que recurrir al sabio para que viniese en auxilio de mi memoria, que en el correr de tantos siglos y siglos suele flaquear y oscurecerse» (ed. cit., p. 144).

Esta figura simbólica de La Madre, que muchos galdosianos han emparejado con la figura de España, aconseja y ayuda generosamente al protagonista y a otros personajes de la novela valiéndose de su personalidad ejemplar y del apoyo de citas de autores de la Antigüedad y la Patrística. Su reconocimiento a las fuentes clásicas se reitera en otras ocasiones, como en la aventura final cuando ella y el protagonista van huyendo de los guardias y ven al grupo que estos conducen entre los cuales observan a Augusto Becerro que entretenía a los guardiaciviles contándoles el paso del Cid y lo que había sido la geografía arcaica del lugar en el que ambos están hablando. Con todo, en estas explicaciones la Madre duda: «no sé si Becerro está en lo firme; con los años y el tráfigo del vivir presente, se me van olvidando estas cosas», a lo que añade refiriéndose a las patéticas emociones de su protegido: «siempre que salgo de apreturas como la de esta tarde, me doy buena maña para velarlas y desvanecerlas con el benéfico olvido» (ed. cit., p. 318).

Y también los amigos de Tarsis están sometidos al arbitrio de la potencia mental que trae y lleva recuerdos. La relación más amplia de éstos está expuesta en el capítulo II titulado “Que trata de las amistades y relaciones del caballero”. De estos personajes algunos tienen un

apodo que desdobra su personalidad. En otras secuencias del relato la duplicidad onomástica funciona con la alternancia del nombre y el apellido del personaje, de todos ellos sólo uno mantiene siempre sólo su nombre de pila: Regino. Este personaje es un simpático guardia civil que, de ser amigo y confidente del protagonista pasa a ser su enemigo ya que es otro enamorado de Cintia y, al final de la obra fusila a Tarsis junto con la Madre en la orilla de un río (cap. XXIV). Regino había conocido a Tarsis-Gil en Numancia donde el narrador lo presenta en estos términos:

se distinguía por su afabilidad y buen modo, no incompatibles con la rigidez disciplinarias. Llamábase Regino, y entre él y Gil, de palabra en palabra y de franqueza en franqueza, llegó a establecerse simpatía precursora de amistades (ed. cit., p. 206).

La memoria es la facultad mental dominante también en el bibliófilo y erudito José Augusto Becerro que trabó relación con Tarsis-Gil en las ruinas de Numancia y sus encuentros culminan en el descenso de este último a la «redoma de peces» donde coincide con otro antiguo amigo —Pepe Azlor— que le comunica lo siguiente:

Yo fui encantado antes que tú por desatinos y aberraciones que ahora no son del caso...Yo he corrido como tú; yo he Rodado como piedra que arrastran los ríos, y de tanto correr y rodar, mi ser anguloso y cortante se ha pulimentado...Ya estoy bien redondito (...) (ed. cit., p. 333).